

paña, trataban á las poblaciones con todo miramiento, dejándoles sus leyes, instituciones y creencias, sin más obligación que pagarles un ligero tributo, casi siempre inferior al que antes satisfacían. Nunca vieron los pueblos, conquistadores tan tolerantes, ni religión tan suave.

Esta tolerancia y mansedumbre, que los historiadores no han sabido reconocer, fueron una de las causas de la rapidez con que se propagaron las conquistas de los Arabes y la razón principal de aceptarse en todas partes fácilmente su culto, instituciones y lengua; las cuales ya sabemos que se arraigaron tan hondamente en los pueblos que las adoptaron, que en seguida resistieron á todas las invasiones y á la salida de los Arabes de la escena del mundo. Este fenómeno es sobre todo sorprendente con respecto á Egipto, del cual los Griegos, Persas y Romanos que lo dominaron no habían logrado nunca derribar la antigua civilización faraónica para sustituirla con la suya.

Además de la tolerancia de los Arabes y de la mansedumbre de su dominación, otras causas contribuyeron también á asegurar el triunfo del Corán y de las instituciones que de él emanan. En efecto, dichas instituciones eran demasiado sencillas para que no estuviesen fácilmente en correspondencia con las necesidades, igualmente sencillas, de las clases medias de las poblaciones invadidas; y cuando por casualidad no podían adaptarse exactamente á éstas, los Arabes no vacilaban en modificar las instituciones hasta ponerlas en armonía con ellas. Así fué como con un solo Corán las instituciones musulmanas de la India, de la Persia, Arabia, Africa berberisca y Egipto contenían á veces grandes diferencias.

Llegado hemos al momento en que los Arabes terminaron la conquista del mundo; pero nuestra tarea no acaba aquí; pues el período de las conquistas no es más que una fase de la historia de los discípulos del profeta; los cuales fundaron entonces una nueva civilización, que los factores, citados antes, no pueden explicarnos; por cuyo motivo fué necesario que interviniesen otros elementos.

Dos causas dominantes dieron origen á esta civilización; el nuevo centro en que se hallaron los Arabes, y sus aptitudes mentales.

Ya hemos descrito el centro. Apenas salen de sus desiertos, se hallan en contacto con las obras, para ellos maravillosas, de la civilización greco-latina, y comprendiendo su propia supe-

rioridad intelectual, como habían comprendido la militar, procuraron luego igualarla.

Pero no se asimila una civilización avanzada, sin poseer un entendimiento cultivado, según lo demuestran los vanos esfuerzos que durante siglos hicieron los Bárbaros para apropiarse los restos de la civilización latina. Afortunadamente los Arabes no eran bárbaros; pues aunque ignoremos lo que fué su civilización en aquella época, muy anterior á Mahoma, en que comerciaron con el resto del mundo; ya hemos demostrado que al aparecer el profeta disfrutaban de una cultura literaria de importancia. Así es que por más que un letrado ignore muchas cosas, sus aptitudes intelectuales le permiten aprenderlas fácilmente; y los Arabes estudiaron aquel mundo tan nuevo para ellos con el mismo ardor con que lo habían conquistado.

Además en el estudio de esa civilización, entre la cual se hallaban tan bruscamente transportados, los Arabes no se sentían contrariados por ninguna de esas influencias tradicionales que hacía tanto tiempo desconcertaban á los Bizantinos; de modo que esta libertad de su inteligencia fué una de las causas del rápido éxito con que aprendieron. Sucede frecuentemente en la vida de los pueblos que la influencia del pasado, después de representar un papel útil, sujeta los hombres al yugo de tradiciones envejecidas, impidiendo el menor progreso.

La natural independencia del espíritu de los Arabes, su imaginación y originalidad se manifestaron luego con creaciones nuevas; y ya hemos demostrado que poco tiempo les bastó para imprimir á la arquitectura y á las artes, entretanto que llegaba al día de imprimirlo á las ciencias, aquel sello personal que á la simple vista distingue sus obras. La filosofía especulativa de los Griegos no estaba en armonía con su talento; y así se ocuparon poco de ella; pero en cambio las artes, las ciencias y la literatura fueron su estudio favorito, y los progresos que hicieron en estos ramos quedan ya bastante descritos.

Tales fueron las causas esenciales de la grandeza de los Arabes; ahora nos toca buscar las de su decadencia.

## II

### CAUSAS DE LA DECADENCIA DE LOS ÁRABES

Muchos de los factores que acabamos de indicar para explicar las causas de la grandeza de los Arabes pueden servirnos también para ex-

plicar las de su decadencia. Basta introducir ese elemento importante que hemos llamado *el momento*, para ver cómo las cualidades más útiles producen los resultados más funestos. Lo mismo que ocurre en la vida de los individuos, ocurre en la de los pueblos. Las aptitudes de carácter ó de inteligencia que en un momento dado son causa de triunfo seguro, lo son en otro momento dado de un fracaso no menos cierto.

Ya he demostrado más arriba cómo aquellos instintos quimeristas y batalladores de los Arabes, que tan útiles les fueron en la época de sus conquistas, fueron nocivos cuando esas conquistas terminaron por falta de enemigos. Sus costumbres seculares de desunión volvieron á tomar el antiguo incremento, comenzando el fraccionamiento de un imperio cuya ruina ocasionaron al fin. Sobre todo sus disensiones intestinas les hicieron perder la Sicilia y España, pues únicamente sus perpetuas rivalidades permitieron á los cristianos arrojarlos de aquellos países.

Las instituciones políticas y sociales de los Arabes que indicamos como una de las causas de su rápido progreso, pueden igualmente aducirse como factores de su decadencia. Los Arabes no supieron conquistar el mundo sino el día en que á favor de la nueva religión predicada por Mahoma, se sujetaron al yugo de una ley fija, que era lo único capaz de reunir las fuerzas de la Arabia, antes diseminadas.

Pero este yugo de una ley rígida fué excelente mientras las instituciones del profeta pudieron continuar adaptadas á las necesidades de su pueblo; y así, cuando los progresos de aquella civilización exigían que se modificasen, el yugo de la tradición se había hecho ya demasiado pesado para desprenderse de él; y las instituciones del Corán, que eran la expresión de las necesidades árabes en tiempo de Mahoma, no lo fueron ya después de algunos siglos; pero como este libro era un código, á la vez que religioso, civil y político, y su origen divino lo hacía inmutable, no cabía modificar sus partes fundamentales. Las consecuencias de este desacuerdo trascendieron sobre todo cuando el poder de los Arabes comenzó á quebrantarse, y aparecieron reacciones religiosas, que con pretexto de regenerar el islamismo, quisieron volverlo estrictamente á la letra del Corán; al paso que en las épocas brillantes de los califatos de Córdoba y Bagdad, los musulmanes sabían muy bien imponer á los mandatos de

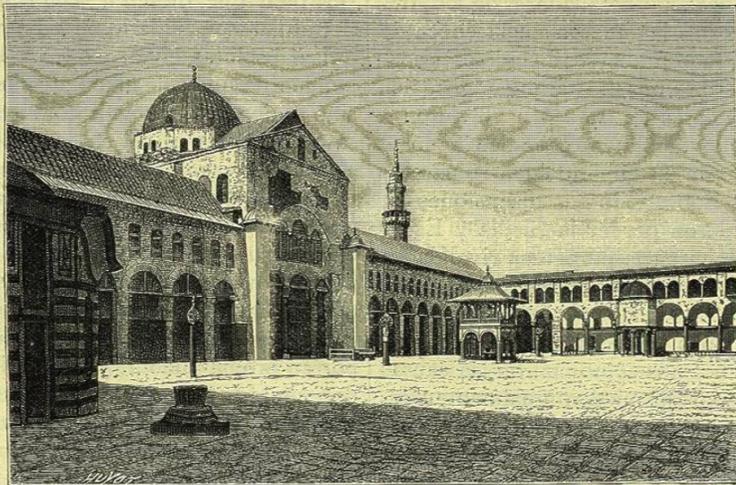
aquel libro las modificaciones que requerían las costumbres de los pueblos que lo adoptaban.

En ninguna parte se hizo sentir más hondamente que en las instituciones políticas de los Arabes el inconveniente de no poderlas modificar considerablemente. Esas instituciones que colocaban al frente de un imperio á un soberano revestido de todos los poderes militares, civiles y religiosos, eran evidentemente las únicas que permitían constituir con eficacia un gran imperio; bien que fuesen á la vez las que menos permitían consolidarlo. Esas grandes monarquías absolutas, en las cuales todos los poderes penden de una sola mano, no pueden prosperar sino teniendo al frente á hombres de prodigiosa capacidad; y el día en que éstos faltan, todo se hunde.

Uno de los primeros resultados del mal sistema político de los Arabes fué la desmembración de su imperio. Viéndose los gobernadores de las provincias, delegados de los califas, revestidos como ellos de todos los poderes civiles, religiosos y militares, quisieron luego gobernar por su propia cuenta; y como ningún otro poder contrabalanceaba al suyo, les era fácil alcanzarlo. El éxito de algunos animó á otros; con lo cual las provincias más importantes del imperio formaron luego reinos particulares y separados.

Este fraccionamiento tuvo consecuencias perjudiciales y útiles; perjudiciales, porque la desmembración debilitaba el poder militar de los Arabes; y útiles porque facilitaba el progreso de la civilización. Ni Egipto, ni España alcanzaran de seguro la prosperidad que sabemos, si no se hubiesen separado del imperio. Si hubiesen estado administradas por gobernadores siempre revocables, que no hubieran tenido interés en verlas prosperar, y sólo sí en enriquecerse; habrían llegado á ser lo que fueron más adelante bajo el mando de los gobernadores enviados por Constantinopla. La prosperidad de algunas de estas pequeñas monarquías independientes fué grandísima; pero todas sufrieron al fin la suerte de los antiguos imperios donde el poder militar, en vez de apoyarse en parte, como hoy, en la posesión de un material de guerra importante, no podía apoyarse más que en el número de los soldados y en el valor de éstos; por cuyo motivo bastaba una invasión cualquiera para echarlas abajo. La civilización suaviza las costumbres y cultiva el espíritu, pero como no desarrolla las costumbres militares,

prepara la caída de los imperios (1). Los pueblos en que cada ciudadano posee cierto bienestar son luego amenazados por aquellos cuya mayoría se halla en la indigencia, y desea mejorar de suerte. Así han perecido la mayor parte de las grandes naciones antiguas; y así como este fué el destino de los Romanos, también fué el destino de los Arabes. Los diferentes conquistadores que á éstos derribaron, como por ejemplo los Mogoles, los Turcos, etc., se hubieran es-



Patio de la gran mezquita de Damasco

ferentes é igualmente funestos; pues de la diversidad de razas concurrentes resultó por una parte, el contacto y la rivalidad de unas con otras; y por otra parte, numerosos cruzamientos que alteraron rápidamente la sangre de los vencedores.

Esa mezcla de pueblos diferentes, en un mismo imperio, ha sido siempre causa de disolución rápida; demostrando la historia no ser posible conservar razas diversas bajo un mismo cetro, sino con dos condiciones esenciales, que son: ó que el poder del vencedor sea tan vigoroso que cada pueblo esté convencido de la inutilidad de toda resistencia; ó que el vencedor no se cruce con el vencido, á fin de que este no le absorba. Los Arabes no cumplieron nunca esta última ley; los mismos Romanos no la cumplieron tampoco siempre; y cayeron en de-

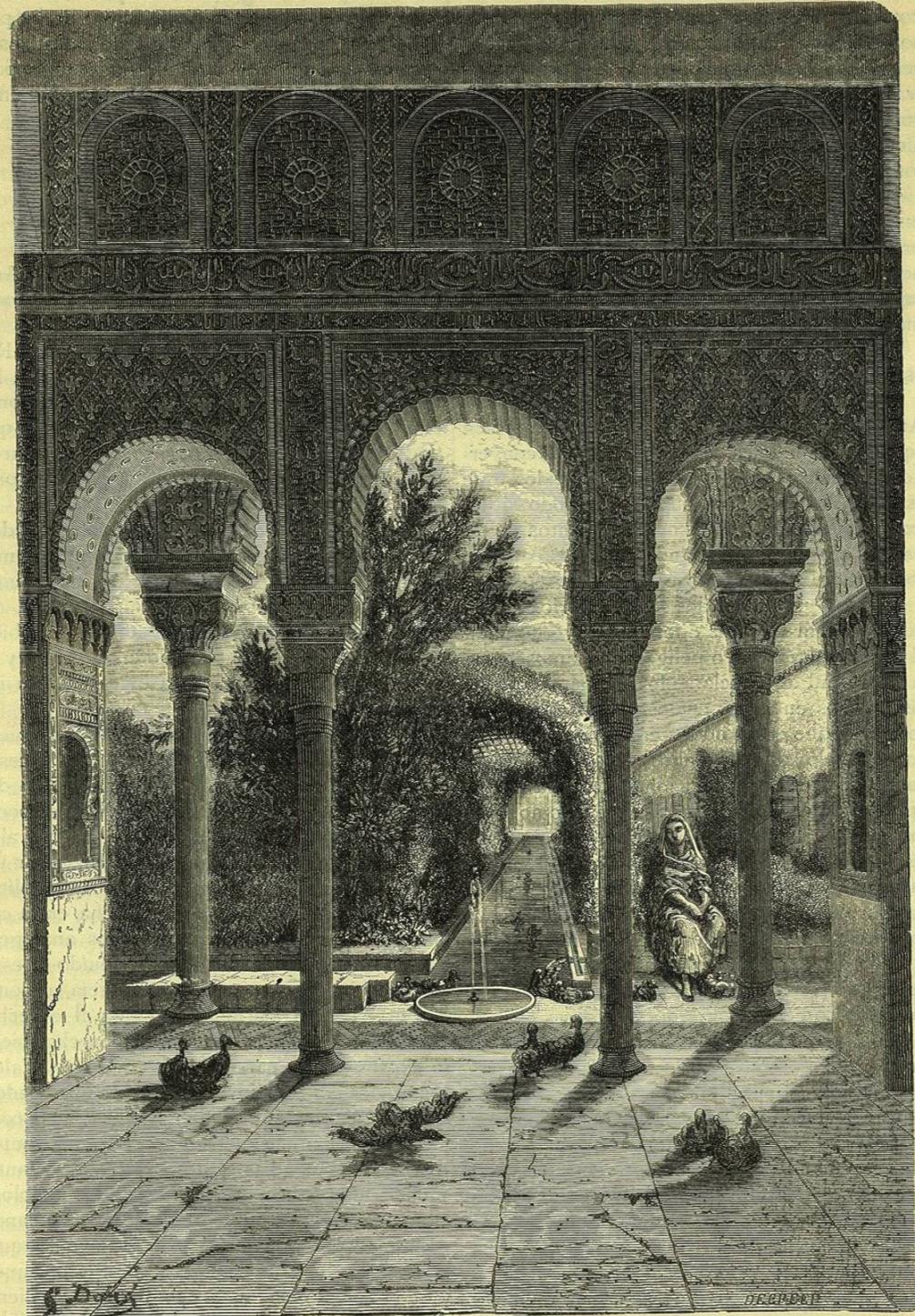
(1) Este principio es absolutamente falso. Lo que ocasiona la caída de los imperios es que cayendo éstos en manos de un rey absoluto, la monarquía los desvía de todo cuidado militar para no ser víctima de la voluntad nacional, y poderla supeditar siempre con un simple ejército pretoriano. (N. del T.)

trellado, si en lugar de atacarlos cuando estaban en plena civilización, los hubiesen atacado cuando acababan de fundar el imperio, y constituían todavía un pueblo endurecido en el trabajo, acostumbrado á todas las privaciones, y al cual nada había enervado.

Entre las causas de la decadencia de los Arabes conviene también añadir la diversidad de razas sometidas á su dominio. La influencia de este factor se manifestó por dos medios di-

cadencia el día que dejaron de seguirla. Entre las diversas causas de la civilización del viejo mundo romano, una de las más importantes fué la facilidad con que los antiguos señores del mundo habían llegado á conceder á los bárbaros todos los derechos del ciudadano romano. Entonces Roma quedó poblada de diferentes razas, donde no dominaban ya los Romanos, y donde se extinguieron luego los sentimientos que habían originado su grandeza; y así como antes un ciudadano de la antigua metrópoli no hubiera vacilado en sacrificarle la vida, porque la grandeza de Roma era un ideal omnipotente para él, ahora semejante ideal nada significaba para un bárbaro.

Obligar á vivir bajo la misma ley á pueblos de diferente raza, dotados casi siempre de intereses y sentimientos opuestos, es una empresa de grandes dificultades, que no se lleva á cabo sino por medio de una compresión rigurosa, como lo demuestra lo que hoy ocurre con los Irlandeses y los Hindus.



El Generalife, en Granada

Los Arabes no tuvieron que ejercer esta comprensión en las razas diferentes que habían sometido, porque éstas aceptaron fácilmente la religión y las instituciones de aquéllos, y por tratar á todos los que abrazaban el islamismo con la más perfecta igualdad. Así lo mandaba el Corán, cuya ley no podían menos de cumplir los vencedores. Al principio vencedores y vencidos no formaron más que un pueblo, con unos mismos sentimientos, creencias y costumbres; de suerte que mientras en todas partes el poder de los Arabes fué bastante grande para imponer respeto á cada cual, hubo buena armonía en todas las regiones del imperio.

Pero si las rivalidades de todas esas razas estaban adormecidas, no estaban extinguidas; y cuando las disensiones inveteradas de los Arabes reaparecieron, despertaron también aquellas rivalidades; y todos los países convertidos al islam se cubrieron de partidos, que estaban en incesante pugna, llegando á tal extremo, que en los mismos momentos de sitiar los cristianos á Granada, aquellos partidos continúan despedazándose.

La existencia en todos los territorios sometidos al islam de razas diferentes tuvo también el otro resultado cuyo peligro señalamos antes, la necesidad de mezclarse los Arabes con todos los pueblos entre los cuales vivían; lo cual, si con razas que quizá no les eran muy inferiores, por ejemplo, los cristianos españoles, podía hasta valerles la adquisición de alguna nueva aptitud; no así con razas inferiores, como ciertos pueblos asiáticos y los Berberiscos, los cuales no podían menos de rebajarlos. En ambos casos estos cruzamientos debían fatalmente acabar por destruir los caracteres cuya asociación constituía su raza. Así es que cuando su poder político desapareció con motivo de la pérdida de Egipto y España, los países que ellos habían sometido contenían muy pocos Arabes (1).

A falta de invasiones y de otras diversas causas que motivaron la decadencia de los Arabes, la simple mezcla de razas que acabamos de señalar bastara á producirla. Así lo demuestra Marruecos, cuyo imperio, aunque ha podido sustraerse á las invasiones extranjeras, y antiguamente disfrutó de una prosperidad tan grande, que rivalizaba con la de la España mahometana, ha caído hoy de nuevo en una semibarbarie. El predominio de los Berberiscos, y sobre todo los repetidos cruzamientos

(1) España contuvo siempre poquísimos. (N. del T.)

con el elemento negro, han rebajado considerablemente el nivel de la civilización. Se ha pretendido que el porvenir era de los mestizos, y si la profecía se ha de cumplir, no lo deseo para los pueblos que quieren guardar en el mundo su posición de gente civilizada.

### III

#### SITIO DE LOS ÁRABES EN LA HISTORIA

Lo dicho hasta ahora demuestra que los Arabes poseyeron grandes cualidades, no menores defectos y aptitudes intelectuales muy relevantes; y aunque fueron inferiorísimos á los Romanos en instituciones políticas y sociales, les fueron superiores por la extensión de sus conocimientos científicos y artísticos; de modo que podemos decir en tesis general que ocuparon en la historia un sitio muy alto, y debemos procurar discernir cuál fué.

Para juzgarlo fielmente sería necesario disponer de una escala que nos permitiese medir con exactitud el mérito de un individuo y de un pueblo; y como esta escala nos falta, resulta que nuestros juicios se fundan más bien en nuestros sentimientos que en la razón, y la variedad de ellos basta para evidenciar su incertidumbre.

Hasta en el caso de poseer ese modelo psicológico del mérito de los hombres, sería necesario renovarlo de continuo; pues la medida del grado de superioridad valedera para una época, no lo es ya para otra. En efecto, el más alto grado de superioridad que pudiese desear un Griego era ser el primero en los juegos Olímpicos, es decir, el primero en la lucha, en la carrera, el pugilato y otros ejercicios análogos; siendo tan grande el honor atribuído á esta superioridad, que quien la poseía, veía su nombre grabado en mármoles, y tenía el derecho de entrar en su población por una brecha abierta expresamente para él en las murallas. Tales honores se hallaban indudablemente justificados en una época en que la fuerza y habilidad corporales desempeñaban un papel importante; pero en nuestros días ya no se estima semejante superioridad, sino en las ferias de los pueblos, y apenas da á sus poseedores el pan cotidiano.

Saltando la corriente de los siglos, vemos que la escala de la superioridad cambia de continuo, y que si en la Edad media continuaba residiendo en la fuerza corporal y el valor, se ha medido en otras épocas por los conocimientos científi-

cos, artísticos y literarios, y en otras por la aptitud de disertar con elocuencia sobre diversos asuntos (1). Hoy en día tiende á medirse por la cantidad de dinero que se posee; y los reyes del siglo en que luego entraremos serán aquellos que mejor sabrán apoderarse de las riquezas. Los judíos poseen esta aptitud hasta un extremo que nadie todavía ha igualado; y en el movimiento general que se inicia en todas partes contra semejante gente, hay síntomas precursores de terribles luchas, que será necesario sostener contra ellos, para sustraerse á su amenazadora potencia.

Cuando se examina las condiciones que determinan el éxito de los individuos, ó de los pueblos, en el mundo, causa verdadera sorpresa ver cuán poca eficacia ha tenido en ello la inteligencia; y cuánto mayor no ha sido la de la voluntad, de la tenacidad y de otras cualidades de carácter. Entre dos individuos ó dos pueblos, uno de inteligencia ordinaria, pero con mucho valor, voluntad y paciencia, y con el espíritu dispuesto á sacrificar su vida por el triunfo de cualquier ideal; y otro individuo ó pueblo de inteligencia superior, pero sin las aptitudes que acabo de mencionar, el vaticinio no es difícil; pues indudablemente el menos inteligente saldrá vencedor. Considerando la inteligencia como solo elemento de éxito, cabría decir que siempre que excede de cierto nivel medio, es más perjudicial que favorable; y si el aserto parece paradoja, se reconocerá lo contrario representándose mentalmente una lucha entre dos pueblos: uno con todas las cualidades de carácter de que he hablado; y el otro formado de una aglomeración de filósofos y grandes pensadores, que nada esperan de un mundo mejor, que conocen la vanidad de todo ideal, y que por consiguiente están poquísimos dispuestos á sacrificar sus vidas para hacer triunfar alguno. Lo baladí de las concepciones metafísicas de Mahoma les hubiera hecho sonreír á éstos; y con todo, el mundo no ha conocido aún filósofos cuyas doctrinas hayan jamás tenido un átomo del formidable poder de las ilusiones que los fundadores de religiones supieron crear. Ya sea el creyente Romano, ya Arabe, ya tenga por culto á Allah, ya la grandeza de Roma, la energía de sus creencias y la facilidad con que les entrega la vida le harán triunfar á poca costa. Siempre ha pasado lo

(1) Por todas estas cosas se medía también en Grecia y no por la fuerza y destreza solas, como asegura el autor. (N. del T.)

mismo, y nada indica que quepa sostener que se cambiará de sistema. Cuando los Romanos eran señores del mundo no tuvieron nunca en las artes, ni en las ciencias la superioridad intelectual que los Griegos, los cuales en todo lo que se refería al talento eran sus maestros; pero esto no impidió que Roma fuese la señora de Atenas.

Si no nos colocásemos pues en otro punto de vista que el del éxito, diríamos que en las cualidades de carácter que hemos enumerado debe buscarse la superioridad; pero también esta escala nos engañaría, puesto que no tiene importancia sino para medir el éxito inmediato, fuera del cual no sirve para nada.

Bastará que nos pongamos en el punto de vista del interés general de la civilización, ó sea de la humanidad, para descubrir que no en las cualidades de carácter ya citadas, sino tan sólo en el nivel intelectual debe buscarse la superioridad. Sin duda ni Leibnitz, ni Newton hubieran nunca triunfado en los juegos olímpicos; sin duda no habrían resistido un momento á un soldado romano; pero estas circunstancias no impiden que esos semidioses del pensamiento hayan producido más transformaciones en el mundo, con las consecuencias inmediatas ó futuras de sus descubrimientos, que todas las hordas asiáticas que fundaron grandes imperios. Cuando el porvenir juzgue al pasado con esa independencia de espíritu que todavía no podemos nosotros tener, dirá indudablemente que invenciones como la imprenta, la máquina de vapor, los caminos de hierro, el telégrafo eléctrico y muchas otras, han producido en el modo de vivir de los hombres unos cambios tan considerables, que comparados con ellos los que producen las revoluciones más célebres, son poquísimas cosas.

Si pues nosotros dejamos aparte aquellos triunfos materiales, que son para las masas, con frecuencia demasiado seguidas por los historiadores, el único criterio real del mérito de los individuos y de los pueblos, debemos manifestar en voz bien alta que lo hacemos porque únicamente el número de hombres superiores que una nación ha poseído da la medida exacta de su mérito intelectual, y por consiguiente del nivel que tiene en la escala de la civilización; y que á la superioridad intelectual podrá añadir el triunfo, si al mismo tiempo que un corto número de hombres superiores, posee una masa suficiente de individuos, que aunque sean de inteligencia é instrucción ordinarias, disfruten